

Ressenyes i notes de lectura

Carlos Barciela, *Recuerdos del Madrid de la posguerra*, San Vicente del Raspeig, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2013, 278 pp.

Recuerdos del Madrid de la postguerra es una obra singular. Sin duda se trata de un libro de memorias, pero de memorias de infancia, enriquecidas con la información y las anécdotas transmitidas al autor por su familia, especialmente padres y hermanos mayores. No es un libro de memorias de voluntad autobiográfica. El autor explica lo que vio, lo que vivió y lo que le contaron, pero no organiza la narración en torno a su vida, ni en lo cronológico ni en lo vivencial. Son memorias de unos espacios y unas gentes, evocadas desde los recuerdos de infancia del autor. Leídas por alguien de su misma edad, sorprende y maravilla la precisión del recuerdo. No dudo que muchos detalles se puedan reconstruir contrastando los recuerdos propios con los de otros, y revisitando lugares o buscando fotografías. Pero Carlos Barciela apenas dispone de la posibilidad de visitar lugares.

Precisamente la tesis del autor es que hace tiempo que no queda absolutamente nada de los lugares de su infancia. La memoria del autor es, pues, extraordinaria. Transmite vívidamente y con gran precisión los espacios, las personas y los momentos protagonizados por él mismo. Es prudente al calibrar la intensidad del recuerdo, para no dar una impresión de calidad del recuerdo uniforme. Descubrimos que la mirada del autor es distinta a la del común. Se fija en detalles que nos pasarían inadvertidos, tanto en lo ambiental –la luz, la temperatura, el tiempo, los olores, los sonidos– como en lo material –los objetos, los edificios– y en lo humano –las fisionomías, los caracteres, los sentimientos ajenos y los propios–.

Todavía no he mencionado que el protagonista indiscutible de la obra es el Carabanchel Alto. No es el Carabanchel Bajo, del que se habla poco –sólo cuando es indispensable–, ni es Madrid, que está siempre presente, pero en la lejanía. La infancia de Carlos Barciela transcurrió en el Carabanchel Alto, y apenas se alejó de ahí, pero fue vivida intensamente y con todos los sentidos bien abiertos. Y entonces, ¿por qué el Madrid del título? Obviamente, Carabanchel forma parte de Madrid. Ya formaba parte de Madrid cuando el autor nació, pero acababa de ser incorporado, en 1948, al municipio capitalino. Durante años –todos los cubiertos por estas memorias– Carabanchel seguía estando a buena distancia de Madrid. El autor nos recuerda que la incorporación fue una decisión ideológica –la repugnancia del elemento más falangista del régimen a que Madrid no fuera la mayor

ciudad de España- y que las consecuencias sólo fueron negativas para los carabancheleros. Perdieron su ayuntamiento con lo que ello implica de pérdida en proximidad de gestión y en mayor atención a los problemas de la ciudadanía, y perdieron parte de su patrimonio cultural, que fue desplazado a la biblioteca, hemeroteca y museo municipales de Madrid.

El foco espacial organiza el libro. El autor va desplegando los lugares de su memoria, y de cada uno sabe presentar sus antecedentes, retrotrayéndose lo que haga falta, que suele ser uno o dos siglos, hasta mediados del siglo XIX o mediados del siglo XVIII, y avanzando lo que convenga, recordando el destino que han tenido -su actualidad. La mirada espacial impulsa al lector a buscar un mapa de Carabanchel e ir localizando todos los lugares por los que la memoria de Carlos Barciela se va posando. No siempre es fácil, tal como el autor insiste en recordar. La radicalidad de los cambios sufridos por Carabanchel, especialmente desde los años sesenta, ha anulado por completo todo lo que era el Carabanchel Alto tradicional.

Los espacios son, en una importante proporción, antiguos palacios y mansiones erigidos cuando la localidad era un destino de veraneo de la realezapropia (la regente María Cristina, Isabel II, la infanta María Fernanda) y ajena (la emperatriz Eugenia de Montijo), de la aristocracia (empezando por la más antigua, como la duquesa de Tamames y la duquesa de Chinchón, y acabando por la más arribista, como Godoy, el “Príncipe de la Paz”), y de la primera alta burguesía financiera madrileña, que buscó y obtuvo el ennoblecimiento (conde de Cabarrús, marqueses de Remisa y de Salamanca). La reputación de lugar ideal de residencia para la clase alta comenzó en la segunda mitad del siglo XVIII, con un “crescendo” puntuado por el reinado de Carlos IV, incrementado bajo Fernando VII, y que eclosionó con enorme fuerza durante los años de la regencia de María Cristina y el reinado de Isabel II. Después comenzó una decadencia, que se fue acentuando a finales del siglo XIX.

El buen clima, especialmente en verano, la mayor salubridad, buena ventilación y excelente disposición de agua fresca procedente directamente de la sierra, a la vez que la proximidad a la Villa y Corte, favorecieron el éxito del Carabanchel Alto. Cuando, con los ferrocarriles, la distancia dejó de ser una limitación tan importante, las grandes familias ampliaron el radio de sus estancias veraniegas hacia el Cantábrico y fueron olvidando sus antiguas posesiones carabancheleras.

Muchos de aquellos grandes edificios y sus grandes jardines, huertas y bosques fueron pasando progresivamente a manos de instituciones religiosas y de instituciones asistenciales. Así llegó a conocerlos el autor en su infancia. Cuando la especulación urbanística alcanzó Carabanchel, algunas de estas instituciones ya no existían, pero fuera cual fuese su estado de actividad, las construcciones fueron mayoritariamente derruidas y las fincas extensamente edificadas. En una generación desapareció todo, incluso la tristemente famosa cárcel de Carabanchel, que tanto marcó la vida de Carabanchel durante dos o tres generaciones, construida inmediatamente después de la guerra, pero destruida antes de cumplir sesenta años de existencia. En esa misma generación Carabanchel se convirtió, “de facto” y no sólo “de iure”, en un barrio de Madrid.

Carlos Barciela nos ha desvelado en este libro las claves de muchos de sus intereses vitales y académicos. Él es un gran historiador económico especialista en la historia agraria posterior a la guerra civil, y en la historia del franquismo, con especial focalización en lo

que fueron los años de la autarquía. Leyendo el libro nos queda meridianamente claro que sus grandes temas de investigación nacen de las experiencias vitales de su infancia y primera adolescencia. De su capacidad de empatía con el medio en el que vivía, que le llevaban a fijarse y a interesarse por todo el mundo, a observar la naturaleza y cómo era trabajada y aprovechada, y a observar los objetos entre los cuales se vivía y se trabajaba la cultura y el patrimonio materiales. De ahí surgieron las preguntas, las inquietudes, las imágenes y experiencias que reclamaban explicación y a las que el autor ha dedicado muchos de sus desvelos y de sus mejores productos académicos. Pero lo académico no se compadece con los matices difuminados de los recuerdos, ni con las poderosas imágenes grabadas en la retina, ni con los prejuicios que pueden perdurar si no son sometidos al contraste de los mejores registros de los hechos. De la misma manera que Carlos Barciela no habría podido investigar lo que investigó sin haber vivido lo que vivió, no habría podido cuestionar y replantear todo lo que vivió sin haber investigado lo que investigó.

El texto es de fácil lectura, ameno, repleto de pequeñas sorpresas y de guiños al lector, que el autor supone que probablemente compartirá recuerdos con él. Transmite sus estados de ánimo así como los estados de la naturaleza y los estados de la sociedad en la que se mueve. Es un observador con una mirada fresca, la propia de un niño, que se sorprende por lo que tenía que sorprenderse, pero que el autor, cuando escribe, sabe señalar cuándo no había sorpresa ante realidades que tendrían que haber sorprendido –o sea, sabe captar cuál era la normalidad aceptada-. Las explicaciones sobre lo que eran los lugares que va presentando, lo que había sido y en qué se convertirán son fascinantes. La pasión coleccionista del autor le permitirá gozar de una memoria detallista que permite iluminar cualquier pequeño o gran acontecimiento con un despliegue sensorial que logra transmitir los ambientes.

La memoria de los años de infancia permite que el autor dedique mucha atención a los centros educativos que frecuentó, y a la enseñanza que recibió. Por ser centros regentados por religiosos, y por ser los años que eran, una buena parte de la formación recibida era adoctrinamiento religioso, cargado de prejuicios de todo tipo, y fomentador de complejos de culpabilidad y de terrores –y también abusos- que marcaban a los niños. Educación y religión estaban muy mezcladas.

Contrarrestando este ambiente represivo, y en acusado contraste, el tiempo de ocio era muy libre y permitía curiosear por todas partes, algo que claramente parece haber gustado mucho al autor en los años que narra, incluso cuando la curiosidad y competitividad infantiles llevaban a los lugares más chocantes, como los cementerios, o peligrosos, como las fincas privadas. El límite principal de muchos niños como él era no hacer y no hacerse daño –y disimularlo si se lo hacía-. Más tranquilo físicamente como ocio, pero extremadamente apreciado desde todos los puntos de vista, era el cine. Las lecturas infantiles eran el ocio menos peligroso, pero altamente apreciado. Otros entretenimientos populares en la época podían ser vistos con pasión –el fútbol, en el caso que nos ocupa, el “Atleti”- o con distancia crítica –los toros-, de los que también se trata con detalle. Para disfrutar de todas estas diversiones hacía falta dinero, y ése era un gran problema sobre el que se desplegaba mucho ingenio.

Completamente separada estaba la vida familiar, indiscutiblemente fundamental para un niño de una familia estructurada y feliz, pero que no es la protagonista de las memo-

rias, más volcadas sobre el mundo exterior. De ese mundo exterior, el autor privilegia algunos temas. Las cárceles y los prisioneros están presentes repetidamente, lo que resulta muy comprensible por tratarse de Carabanchel. Los centros asistenciales y de reclusión asistencial tienen también su protagonismo, mezclado con el de los edificios en los que se encuentran. Sus jardines, huertos, frutales y bosques son otra presencia recurrente, en la que a veces domina el placer del riesgo por colarse en espacios privados que parecían muy atractivos, pero en la que siempre aparece la identidad entre naturaleza y libertad personal.

En un libro construido sobre capítulos de dimensión bastante regular, en torno a diez páginas, hay un par de capítulos mucho más largos que constituyen momentos culminantes de las memorias. El más largo se titula “La plaza” y es un recorrido antropológico -un adjetivo que se puede aplicar a muchas partes del libro- por todos los vecinos, comercios y comerciantes que daban a la plaza mayor del Carabanchel Alto, comenzando por su propia familia. La recreación de los ambientes y personajes es espléndida. La recreación de los detalles demuestra que el autor podría haberse dedicado a la ambientación de toda película ubicada cronológicamente en aquellos años. En realidad, el libro da para una serie televisiva.

Albert Carreras
(*Universitat Pompeu Fabra*)